

## Los clubs de fumadores de "haschisch" en el Marruecos español

Dres. AMADOR FERNANDEZ SANCHEZ y RAFAEL GONZALEZ MAS

Del curso de Diplomados en Neuropsiquiatría. CEUTA.

MUCHOS y muy diversos nombres han recibido desde la más remota antigüedad los productos obtenidos del cáñamo indiano (*Cannabis indica*) para su empleo como estupefaciente; así: *charas*, *ganja*, *bhang*, *guaza*, *sidhec* y *gandscha*, en la India; *maslar*, *malach* y *haxiv*, en Egipto y Asia Menor; *kif* o *kiffi*, en Africa septentrional; *marihuana*, en América; *grifa*, en nuestro Protectorado en Marruecos, etcétera.

El origen histórico-aneecdótico de la tóxicomanía por *haschisch* (pues vamos a utilizar este sinónimo como el más empleado científicamente) se encuentra en las narraciones de Marco Polo. Al parecer, y por el año 1090, se creó en Persia una secta de musulmanes ismaelitas que llegó a ser célebre en tiempos de las Cruzadas. Su jefe, Hassan-ben-Sabah, apodado *el Viejo de las Montañas*, embriagaba a sus partidarios mediante el *haschisch*, trasladándoles a continuación al jardín de su palacio, donde había reunido las mayores suntuosidades y placeres. Allí, y utilizando el especial estado de los intoxicados, les hacía creer que estaban en el Paraíso, sugestionándoles de este modo para conseguir su absoluta obediencia, logrando que cometieran los crímenes más sangrientos sin ninguna oposición. De esta secta es de donde, al parecer, proviene el vocablo «asesinos» (de *haxixinox*, o consumidores de *haxix*).

El cáñamo indiano, como narcótico, se emplea de muy diversas maneras. Unas veces, como tabaco preparado a expensas de la planta completa, o bien,

ésta desprovista de sus semillas. En otras ocasiones se utilizan solamente las sumidades floridas. También se consumen las hojas (recogidas en la época de la florescencia) en infusión con té, leche o agua. Su empleo puede ser igualmente en forma de comprimidos, obtenidos por mezcla de los tallos terminales de la planta verde con manteca.

En nuestra zona marroquí del Protectorado, el uso más frecuente es como tabaco, y, más raramente, como infusión con té, o en forma de caramelos con azúcar quemada, o de panes de hojas verdes prensadas mezcladas con pasas o higos.

A continuación vamos a describir algunas costumbres existentes en ciertos clubs de fumadores de *haschisch*, que se encuentran—rodeados del mayor misterio y al margen de la ley—en algunas zonas de nuestro Protectorado. Poseen unos especiales ritos que en muchas ocasiones lindan con el mundo de lo novelesco.

Las reuniones, ordinariamente, se efectúan en sitios aislados y alejados de los centros de población. Muy frecuentemente en el campo o en determinadas casas musulmanas. Los concurrentes suelen ser europeos—que es contra los que particularmente se manifiesta la prohibición del tóxico—, aunque unidos todos ellos por el denominador común de su pertenencia al círculo de las personalidades psicopáticas.

El término medio de los asistentes suele ser de seis a doce.

Una vez reunidos, preparan té (el alcohol es utilizado muy raramente, pues combinado con el *haschisch* desencadena frecuentemente actos impulsivos de terrible violencia), y se sientan todos, apoyados en la pared, en el suelo, a usanza mora, con las piernas cruzadas.

Uno de los asistentes, nombrado ya de antemano para este cargo, es el que corta y reparte la planta del cáñamo, cosa que hace con extremada limpieza y rapidez. La planta es conservada en una bolsa hecha de piel de conejo o gato, a la que no se quita el pelo (a esta petaca la denominan *mate*).

En estas reuniones, el *haschisch* puede ser consumido en forma de cigarrillo ordinario, o bien con pipas especiales individuales o colectivas.

Para evitar el sabor áspero y acre del cáñamo, suelen mezclarlo con lo que denominan *taba*, que es tabaco verde fermentado en el estiércol.

Las pipas individuales están formadas por una larga boquilla de caña desmontable en dos piezas y una minúscula cazoleta de barro cocido (denominada *escá*) cuyo contenido no llega apenas al de un dedo. No es tampoco infrecuente el uso de una sola pipa para todos los concurrentes. En este caso se emplea el típico *nargilè* con depurador de agua, al que denominan *argila*, y que suelen presentar recubierto de amuletos.

Una vez preparadas las pipas, en caso de ser individuales, se inicia uno de los ritos peculiares en estas reuniones: el del encendido. Para ello, uno de los asistentes forma una bolita de *haschisch* en la palma de la mano, amasándola hasta que queda perfectamente *sudada*, cosa que muchas veces favorecen con saliva, con lo que la combustión será más lenta. Encendida la pipa del iniciador, vuelca su contenido incandescente sobre el suelo (este contenido en ignición es llamado «muerto»), y el situado a su derecha lo coge con el pulgar humedecido encendiendo con él su pipa, y repitiéndose la operación hasta que todos hayan encendido las suyas.

Al cabo de pocos momentos, durante los que han

permanecido en silencio fumando, se observa en los concurrentes una especial excitación y verborrea, así como accesos de risa incontenible, que constituye la primera fase de la embriaguez. Es entonces cuando uno cualquiera de ellos se erige, sin que medie acuerdo alguno, en director de las conversaciones. Este recibe el nombre de «rollista», y los demás permanecen en silencio; son los «quedones». El «rollista» habla en voz fuerte contando diversas aventuras personales, donde pronto se mezclan la imaginación y fantasías más desatadas. De acuerdo con lo que oyen, los «quedones» hacen *in mente* sus propias asociaciones de ideas, dándose en ellos un curioso delirio fantástico y semialucinatorio, donde hacen realidad sus sueños y aspiraciones. A pesar de esta vivísima vida subjetiva, permanecen inmóviles o «colocados».

El «rollista» es capaz de permanecer hablando sin cesar hasta seis y más horas, bebiendo de vez en cuando el té que en un principio había sido preparado para combatir la sequedad de la boca.

En muchas ocasiones, alguno de los «quedones», estimulado por sus fantasías, empieza a hablar fuertemente, en cuyo momento pasa a ocupar el puesto de «rollista», mientras el primero queda en silencio.

Generalmente, estas reuniones duran varias horas, sin que los asistentes den señales de cansancio, a pesar de la inmovilidad y la incómoda postura en que permanecen. En la fase de máxima embriaguez, presentan obediencia automática, aunque son capaces de volver rapidísimamente a la normalidad, a veces, simplemente bebiendo un vaso de agua fría, fenómeno al que denominan «cortarse». Esta vuelta a la normalidad se efectúa bruscamente, sin pasar por fases intermedias de desintoxicación, no quedando señal alguna de fatiga, y sí solamente una imperiosa sensación de hambre. Por el contrario, «el novato» en estas lides sufre en su primera experiencia de toxicómano un cuadro agudo nauseoso, con vértigos y crisis dolorosas digestivas, con cefalea y ligero estado de somnolencia. Sin embargo, e instigado por sus iniciadores, volverá a reincidir en la prueba, llegando rápidamente al acostumbriamiento.